Disney
Enredados
La Serie
Amigos y enemigos
LAS AVENTURAS DE RAPUNZEL 3

Disney Enredados La Serie...

LAS AVENTURAS DE RAPUNZEL 3

Amigos y Enemigos

Adaptación de
Kathy McCullough

Ilustraciones del
Disney Storybook Art Team

LIBROS Disney

Para Paula y Stan
–K.M.

© 2018 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Traducción de Marta García Madera
Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-16917-44-0
Depósito legal: B. 2.673-2018
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier
forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por
grabación u otros Disney métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Máximus desfilaba en el mercado de Corona con la cabeza bien alta. Estaba contento. Era el caballo líder de la guardia real de Corona. Todo el reino lo conocía porque había ayudado a rescatar a la princesa Rapunzel, que estuvo prisionera en la torre casi dieciocho años.

Saludaba a los ciudadanos, que lo aclamaban al pasar. La vida le sonreía. Lo único que podría mejorarla sería tener algún amigo para salir por ahí.

Entonces vio a la princesa Rapunzel. Estaba visitando el mercado con su novio, Eugene, y el amigo de éste, Lance, que hacía poco que se había ido a vivir a Corona.

—Max, si esto fuera un concurso de popularidad, ganarías la medalla de oro —dijo Rapunzel.

Eugene asintió con la cabeza para mostrar que estaba de acuerdo y luego dijo:

—Y tu melena es una pasada. Y te lo dice alguien que entiende de pelazo.

Eugene señaló el pelo rubio de Rapunzel, que le caía por la espalda en una trenza larga y ondulante.

La crin del caballo real también estaba trenzada con un diseño de nudos especial.

—Max tiene que estar lo mejor posible —explicó Rapunzel—. Tiene una misión importante dentro de poco. Tirará del carro lleno de monedas de oro hasta el depósito del reino.

El depósito era la cámara acorazada de un banco situado fuera de las murallas del castillo. Estaba muy vigilado, pero a veces los ladrones intentaban robar el oro durante el transporte de un lugar a otro.

Por suerte, el carro en el que llevaban las mone-

das de oro estaba protegido por barrotes y cerraduras. Y desde que Max se encargaba de tirar de él, ningún ladrón había conseguido robarlo. Max podía dejar atrás a cualquier malhechor y era tan fuerte que podía derrotar a los malos con una sola coz.

De repente, oyeron gritar a alguien.

—¡Al ladrón!

Max miró a su alrededor, sobresaltado. ¿De dónde había salido aquel grito?

—¡Ahí está! —gritó Rapunzel, señalando a un hombre que corría como un rayo por el mercado, con un bolso bajo el brazo.

En una esquina de la plaza, la propietaria del bolso agitaba las manos para pedir ayuda.

Max resopló. ¡Ningún ladrón escaparía durante su guardia! Mientras se encabritaba, oyó gritar a Rapunzel.

—¡A por él, Max!

El caballo galopó a través de la plaza del mer-

cado y en cuestión de segundos había acorralado al ladrón. Pero, justo cuando estaba a punto de cogerlo, apareció un destello negro delante de sus narices. Era otro caballo, que salió disparado hacia el ladrón y lo tiró al suelo. Max se apoyó en las patas traseras y paró en seco con un chirrido. La gente estalló en aplausos. El capitán de la guardia real fue corriendo hasta el nuevo caballo, que tenía al ladrón cogido por la mandíbula.

—¡Magnífico! —le dijo el capitán al héroe misterioso, y Max relinchó en señal de aprobación.

Eugene y Lance fueron hasta ellos. Al ver al bribón, lo reconocieron: era Dwayne, un bandido al que conocían de su época de ladrones. Eugene había abandonado su vida de forajido por Rapunzel. Lance, que había pasado varios años en la cárcel, se esforzaba al máximo para cumplir la ley.

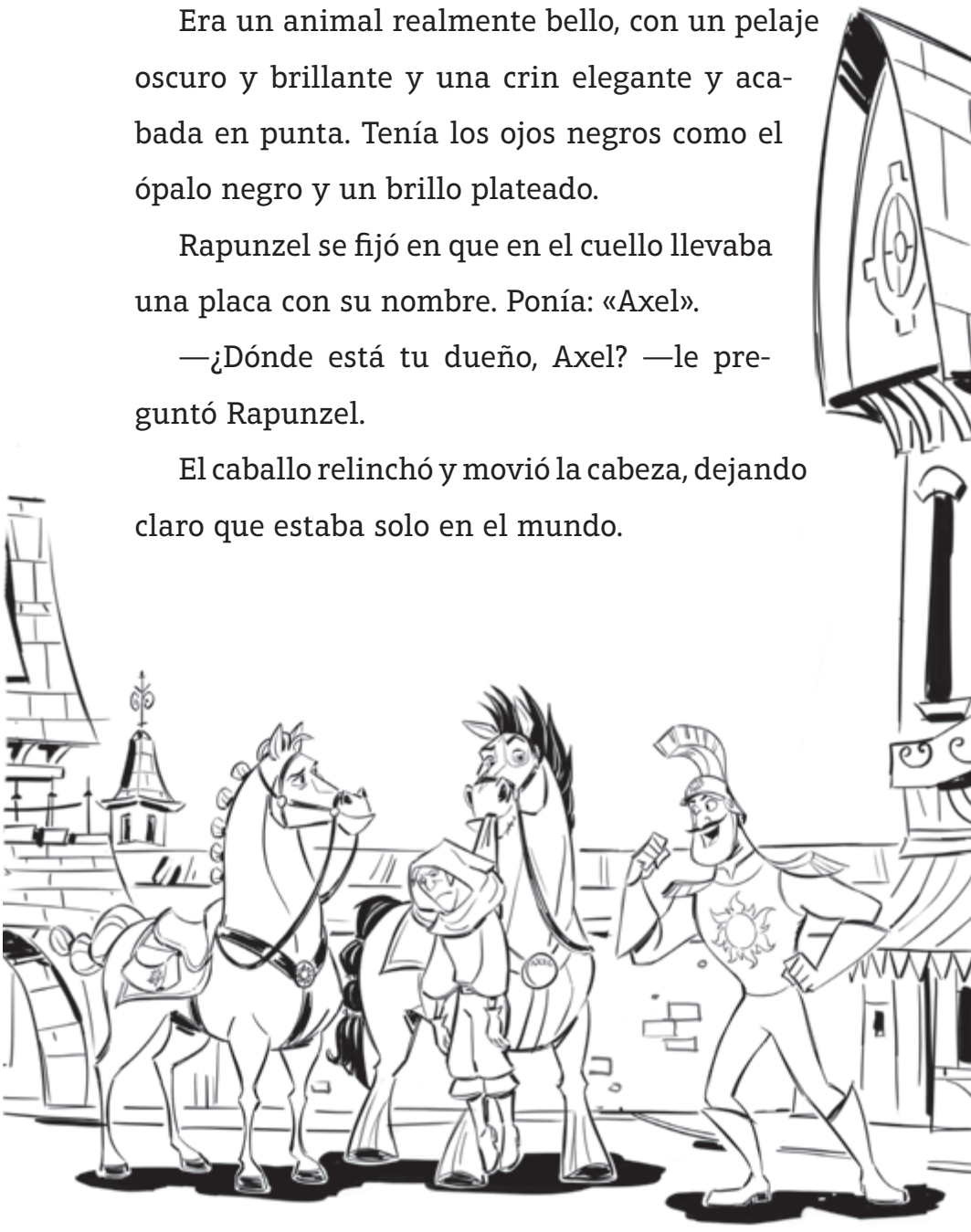
—Nunca había visto un caballo tan impresionante —comentó el capitán.

Era un animal realmente bello, con un pelaje oscuro y brillante y una crin elegante y acabada en punta. Tenía los ojos negros como el ópalo negro y un brillo plateado.

Rapunzel se fijó en que en el cuello llevaba una placa con su nombre. Ponía: «Axel».

—¿Dónde está tu dueño, Axel? —le preguntó Rapunzel.

El caballo relinchó y movió la cabeza, dejando claro que estaba solo en el mundo.



Ella le dio unas palmaditas en el lomo.

—Te puedes quedar en el castillo esta noche —dijo.

Max asintió con la cabeza. Era lo mínimo que podían hacer por aquel huérfano que había demostrado ser tan valiente.

—Mañana te encontraremos un buen hogar —le prometió el capitán a Axel—. Mientras tanto, Max, ¿por qué no le enseñas el establo a tu nuevo amigo?

Max relinchó con simpatía y dijo que sí con la cabeza para que Axel lo siguiera de vuelta al castillo.

Max pensó que Axel tendría hambre, así que lo llevó a un comedero que había cerca de los establos. Encontraron dos pilas de heno. Max señaló una con la cabeza, ofreciéndosela a Axel, que enseguida la engulló entera… y después también la de Max.

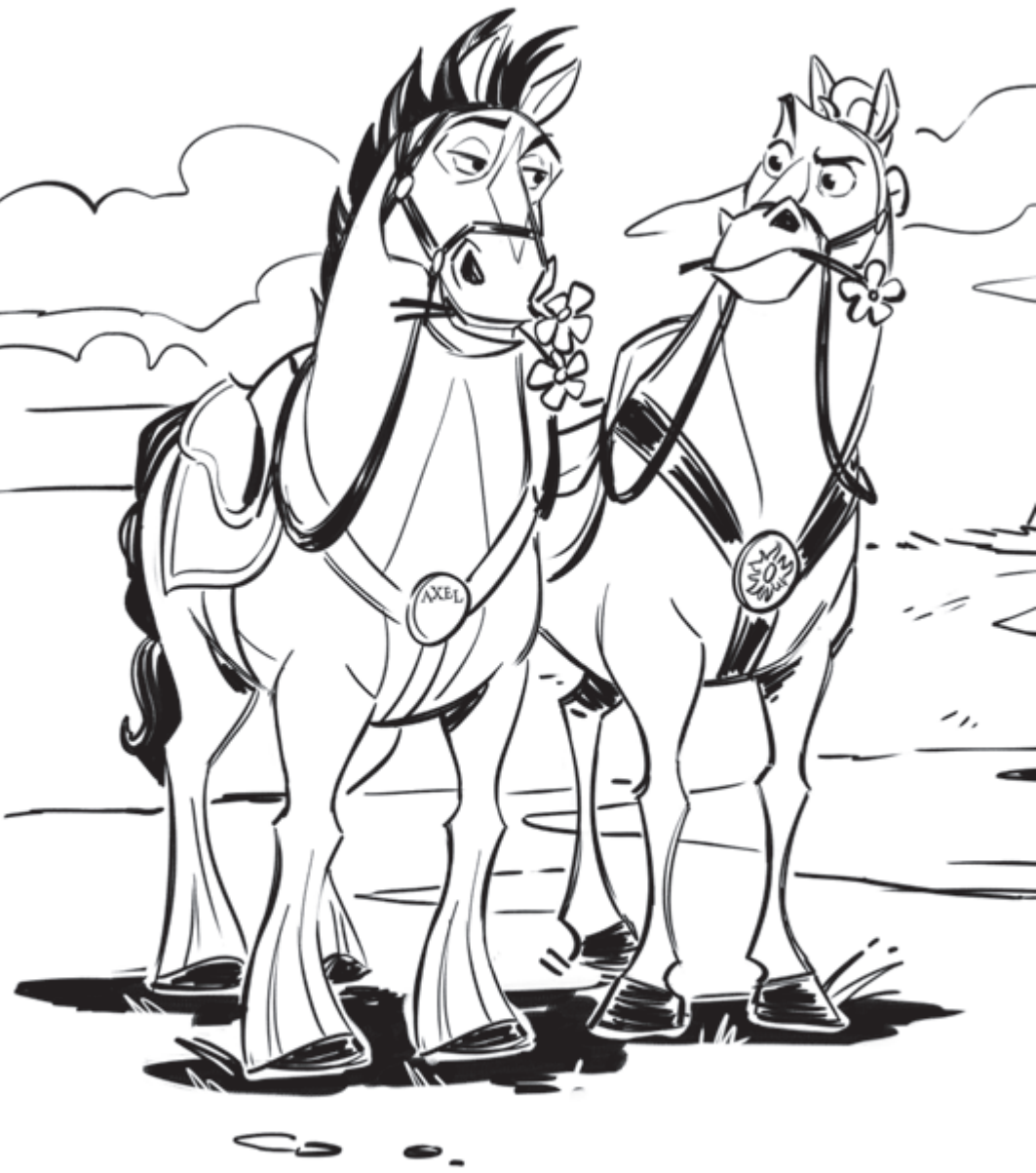
Éste intentó no enfadarse. Pensó que Axel pro-

bablemente habría estado vagando durante días antes de llegar a Corona. ¡A saber cuándo habría comido por última vez el pobre caballo!

Después de comer, Max lo llevó a la preciosa campiña de Corona, fuera del pueblo. En un campo pequeño, una yegua llamada Fidella pastaba bajo un árbol.

Max se puso rojo. Estaba colado por ella, que también trabajaba en la guardia real. Siempre se sentía cohibido cuando la veía, pero ese día quería presumir delante del caballo nuevo. Arrancó una bonita flor morada de un matorral y fue trotando hacia Fidella. Pero, antes de que llegara a la mitad del camino, Axel lo adelantó con dos flores en la boca.

Max fue corriendo otra vez hacia el arbusto y cogió tres flores. De repente, Axel apareció junto a él, tiró de todo el matorral, fue al galope hasta Fidella y dejó caer el arbusto a sus pies.


AXEL
MAX

El caballo de la guardia real escupió sus flores. Tenía la corazonada de que Axel no iba a ser el tipo de «amigo» que deseaba tener.

Cuando por fin se hizo de noche, Max se sintió aliviado. A la mañana siguiente llevarían a Axel a un nuevo hogar y él ya no tendría que verlo nunca más.

Pero aún tenían que compartir cuadra aquella noche.

Axel se dejó caer en mitad del compartimento, monopolizando toda la paja suave. Al cabo de poco rato ya estaba profundamente dormido, con las patas estiradas en todas las direcciones.

Max suspiró y se colocó en el estrecho hueco que quedaba. Se apoyó en la pared y durmió de pie.

A la mañana siguiente, Max salió del establo a trompicones por lo cansado y rígido que estaba.

Iba con la cabeza gacha y tenía los ojos rojos y la crin llena de enredos. Vio a Axel engullendo otra vez todo el heno que había para desayunar.

—¡Aquí estás, Max! —exclamó el capitán de la guardia—. ¡Te estaba buscando!

Aunque estaba muy cansado, Max se estiró y se puso en posición de firmes. Por muy agotado o hambriento que estuviera, seguía siendo el caballo jefe de la guardia real. Fuera cual fuese el deber que le quisiera encargar el capitán, él estaba listo.

—Como sabes, Max, íbamos a buscarle un hogar a Axel hoy —dijo el capitán. El caballo asintió—. Pero teniendo en cuenta su gran esfuerzo para capturar al ladrón, y viendo lo inseparables que os habéis hecho, he decidido que se quede. —Y le dio unas palmaditas a Axel en el hombro—. ¡Demos la bienvenida al nuevo caballo de la guardia real!

Max se quedó anonadado. Axel sonrió satisfecho y después le guiñó un ojo.